

(01015)

## El precio del chocolate

Había pasado una semana desde que Piquito tomó la decisión de aprender a leer... O siendo más precisos, de adiestrarse en ejercicios de comprensión lectora a fin de aprobar el examen teórico para obtener el carné de conducir. Le animaba el hecho de que tenía todo el verano por delante.

Al no saber cómo abordar a don Faustino había decidido valerse de un mensajero para contactar con el profesor, tan inasible —para Piquito simplemente era raro— pero a la vez tan asequible para las mentes algo obtusas como la del propio jugador. Había apostado a que aquel profe no le negaría la ayuda. Piquito sabía que don Faustino fue el único que le defendió cuando le hicieron aquel consejo de guerra (en realidad fue un consejo escolar) para echarle por quince días del instituto habida cuenta de sus reiteradas faltas de asistencia a clase.

¿Y qué esperaban? ¿Cómo ir a clase un lunes gris tras un domingo lleno de las emociones que le deparaban los partidos y un calamitoso viaje de regreso en autobús? ¿Acaso no sabían lo difícil que era conciliar el sueño tras los intensos partidos, con las imágenes de las recientes vivencias agolpándose en su mente y robándole horas de descanso?

Pero no quería dar un paso en falso, y sabía que Susana Crespo y don Faustino solían mantener largas parrafadas. Si conseguía que la chica le hablara a don Faustino de él, el viejo se prestaría a echarle una mano con los libros.

Todas las mañanas Susana abría el pequeño negocio familiar, "Autoservicio Crespo", los ultramarinos de aquella barriada obrera. Así que Piquito, ni corto ni perezoso, que para esto de las relaciones sociales tenía un desparpajo que para qué contar, se levantó temprano aquel día y aguardó a que llegara la muchacha.

Desde un banco frente al local la vio levantar la persiana, entrar, encender las luces interiores y ordenar la mercancía que el padre había traído de madrugada de MercaMadrid y que había dejado en el pasillo entre muebles expositores.

Piquito entró en el establecimiento e instintivamente cogió de la estantería algún producto, para hacer una compra estratégica. Llegó a la caja y saludó cortésmente. Fue entonces cuando se dio cuenta de que nunca había estado frente a frente ante la joven.

Susana tendría unos diez años más que él... Perteneían a diferentes generaciones del mismo suburbio. La había visto mil veces en el barrio; allí todos sabían quién era quién. Pero nunca había hablado con ella. Y Piquito se preguntó por qué la emisora enviaba a las entrevistas de los entrenamientos del

Rayo a aquel tipo más seco que la mojama. La chica, vista de cerca, no estaba mal... Aunque él le haría unos retoques...

—Buenos días... ¿Qué llevas? ¿Unas chocolatinas? Esta semana tienes de oferta aquellas otras que tienen almendra.

Piquito sonrió... Le hizo gracia que la hija de la dueña se preocupara por su bolsillo y no por la caja del negocio.

—M' es igual. Sólo *h'entrao pa'* hablar contigo... Y de paso me llevo este chocolate, que es el que me compra siempre mi madre.

Susana le miró a la cara. Sin saber por qué, estaba algo nerviosa. Era la primera vez que se veía frente a frente con Piquito. Tenía una cara aniñada, era de constitución fina, pero se le notaban unos pectorales bien formados debajo de la camiseta. Debido a su delgadez, endémica en los deportistas, parecía más alto de lo que realmente era, aunque tenía buena talla.

—Vaya por dios. ¿El gran Piquito quiere hablar conmigo? —la muchacha lamentó haber dicho aquello que sonó sarcásticamente sin ella proponérselo.

—El gran Piquito no sólo querer hablar contigo sino que necesitar pedir favor —repuso el chaval como si fuera un gran jefe indio.

El no hacer caso del sarcasmo, demostrando además tener buen humor, le hizo ganar puntos ante Susana. Lo que ella ignoraba es que el muchacho tenía, aún sin diagnosticar, síndrome de Asperger en grado leve y no siempre captaba las inflexiones de voz, las ironías y los dobles sentidos de la conversación.

—¿Un favor? ¿Yo? Si no te conozco de nada...

—Sí que me conoces; *m'has llamao* por mi nombre.

—Eso es cierto —rió ella—. Pues tú dirás...

—Necesitaba que hablaras de mí a don Faustino. Ese *profe* del *insti* con el que tanto hablas.

—¿Que le hable de ti? Pero si ya te conoce...

—Ya... Pero es que me gustaría que le dijeras que necesito que *m'eché* una mano.

—¿Y por qué no se lo dices tú directamente?

—¡Bah!, tía, *pueh* porque me da pava.

—¿Te da corte hablar con alguien que fue tu *profe* y no te da corte venir a pedirme un favor cuando nunca antes habíamos hablado tú y yo?

—Pero es distinto, Susana. Nosotros somos del barrio. Fíjate si nos conocemos que nos hemos *llamao po'l* nombre. Pero yo quiero saber si don Faustino está dispuesto a ayudarme. Yo le pagaría, ¿eh?

—Espera, espera un momento. ¿Pagarle por qué?

—*Pueh pa'* que me enseñe a leer.

—¿Que no sabes leer? Venga, hombre, eso no me lo creo ni de coña.

—Bueno, veamos. Leer, sé leer. ¿Ves que allí pone "manzanas golden" y allí "oferta tres por dos"? Leer sé leer, Susana. No pensarías que soy tan gilipollas.

Susana quedó callada... Y pensó: "*touché*" ... Pero sólo hizo un mohín y un leve encogimiento de hombros que pudo significar cualquier cosa y que Piquito quiso entender como un "por supuesto que no".

—Lo que pasa es que no me concentro cuando leo un libro de esos que son *to'* letras.

—¿Un libro de todo letras? Los libros no tienen más que letras. ¿A qué te refieres?

—*Pueh* a libros sin dibujos... Tebeos y cómics sí que los leo enteros. Pero no puedo leerme dos páginas *segúias d'un* libro en el que *to'* son letras. Empiezo a leer y al poco se me va la olla a otras cosas y cuando me vengo a dar cuenta estoy leyendo una y otra vez las mismas líneas sin pasar de ahí.

—¿Y para qué quieres tú ahora ponerte a leer libros? Para jugar al fútbol no hace falta saber leer...

—Es que quiero sacarme el carné de *buga*...

Ahora Susana lo entendió todo. El chaval de tonto no tenía un pelo. Pasaba que había desperdiciado sus años escolares. Era, precisamente, lo que ella trataba de decir en su artículo inconcluso.

—¿Y qué gano yo con ello? Quiero decir... No ya si le digo a don Faustino lo que me pides, sino si consigo que te ayude en tu comprensión lectora...

Esto último Piquito no lo entendió, pero sabía que Susana había dicho las palabras exactas para lo que él andaba buscando.

—¿Y qué *quie's* ganar a cambio de algo tan fácil?

—Oye, rico, tan fácil no será cuando has venido a pedírmelo...

—*Pueh* no sé... ¿Qué *quie's* ganar? Te deberé un favor. ¿Te *pa'ece* poco? Sabes que soy de ley.

—Ya, ya, ya... Pero ahora yo voy a pedirte otro favor. ¿Me concederás una entrevista siempre que te lo pida? Prometo no abusar.

—Eso está hecho. ¿Cómo se lo iba a negar a una chavala del barrio? Me lo hubieras *pedío* hace tiempo. Y no *m'enviéis* más al *soseras* ese del *Jacin*, *qu'es* un muermo que no le aguanto.

—Jaja. ¿No te cae bien Jacinto? Pero si es todo un *pofesional*...

—Lo será, pero no uncimos. Me corta mucho cuando me entrevista. Yo necesito que me den cancha.

—Sí, como el otro día, después del partido, que te pregunté y parecías un autómatas repitiendo siempre lo mismo, jajaja.

Piquito se puso serio en ese momento y Susana supo que había cometido una impertinencia.

—Oye, perdona. No te lo tomes a mal. Es que eres tan diferente ahora hablando conmigo... El otro día pensé que eras lelo...

—¿Lelo...?

—Déjalo. Ya pasó. Pero sí que me llama la atención que un chaval joven como tú no tenga esa cultura mínima para sacarse el carné de conducir.

—¿Qué *quie's* decir?

—Pues que me gustaría hacerte un reportaje en el que se contrastara tu éxito deportivo con tu fracaso escolar.

—¡Anda, mira ésta! Y aparecer yo como tonto, ¿no te jode?

—Bueno, no... Déjalo. Era sólo una idea que me ha cruzado por la cabeza. Como te has ofrecido a ayudarme...

—Sí, ya. Pero no a que se rían de mí. Seré un zoquete, pero no un payaso.

—Pretendo dar a entender a la gente que en la vida es más importante el éxito en los estudios y la formación de cada uno que el éxito en el deporte. Y que esto último está sobrevalorado.

—¿Y qué me importa a mí lo que le pase al resto de la gente? Que estudien, que trabajen, que pierdan el tiempo o que jueguen al fútbol, por qué tengo que ser yo un mono de feria del que se rían o se espanten.

Piquito parecía enfadado, pero su cuerpo no estaba en tensión.

—Yo estoy triunfando, pero sé que aún no soy nadie. Si me viene una lesión se acabó el fútbol y tendré que ponerme a trabajar repartiendo pizzas con la moto. Y nadie de esos a los que tú vas a hablar sentirá lástima de mí.

—Bueno, déjalo ya —y Susana puso una voz melosa—; me gustaría que no te marcharas enfadado de aquí y quedar como amigos. Esta tarde hablaré con don Faustino.

—Vale... *Pueh* ya sabes donde encontrarme. Y si quieres algo más, ya sabes donde encontrarme también —soltó Piquito pícaramente.

—Oye fresco, que hasta ahora lo habías hecho muy bien.

—Ya Susana, ¿y mi fama de conquistador? Tengo que mantenerla, ¿no? —rió el figura medio en broma.

—Serás capullo...

—Además, estás de diez. A nada que te arregles un poco... Cambies de *look* y te subas un poco las tetas, eres una mujer muy atractiva.

—Oye chaval, que no eres más que un crío.

—Ya, y tú una mujer... Por eso no puedo evitar que me gustes...

Llegados a este punto Susana sintió que se acaloraba. Piquito, tras haber dejado en el mostrador dos euros, volvió a tomar la palabra mientras enfilaba la puerta de salida:

—Dame un toque cuando hayas *hablao* con don Fausti.

—Si no sé tu número...

—Lo sabe *to'l* barrio... Y en la radio más... jajaja. Adiós, guapa.

Tras esta despedida Susana no pudo evitar sentirse algo contrariada: "no sé tu número, no sé tu número..." y el chaval la había dejado como si fuera una torpe.

Mientras veía cómo el joven salía de la tienda y saltaba el banco que había enfrente, pensaba a media voz: "Pero si no puede ser... Si no es más que un crío... Qué tonta soy... Pero la oferta que me ha hecho no la voy a dejar pasar...".